

La calle  
Diario de un espectador  
Alí Chumacero  
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 22 de febrero de 2007

Un poeta, un publicista y dos historiadores, todos ellos miembros de la Academia mexicana de la lengua, recibirán esta noche homenaje de sus pares, otros académicos que harán su elogio, propósito que se logra con sólo describir y examinar la vida y la obra de los homenajeados.

No en el orden en que se pronunciarán sus semblanzas, sino en el alfabético que corresponde a sus apellidos, los destinatarios del festival de palabras en que seguramente se convertirá la sesión solemne de la Academia (que por ello no se reunirá en su propia sede, sino en la Casa Lamm), son Alí Chumacero, Eulalio Ferrer, Ernesto de la Torre Villar y Silvio Zavala. Los ensalzarán sin demasiado esfuerzo, respectivamente, Jaime Labastida, Ruy Pérez Tamayo, Adolfo Castañón y Arturo Azuela.

Por nuestra parte dedicaremos espacio a cada uno de los homenajeados, comenzando con el poeta nayarita Alí Chumacero, que también ha sobresalido como crítico literario, oficio expresado en multitud incontable de comentarios y reseñas publicados de modo perseverante desde 1940 en los diarios, suplementos y revistas que han marcado el desarrollo de las letras mexicanas, de las que de ese modo Chumacero ha sido testigo constante y fiel. Precisamente de un volumen que recoge sus opiniones literarias, *Los momentos críticos*, recogemos estas líneas para un retrato, escritas por Miguel Ángel Flores. Antes de transcribirlas, es preciso establecer que Chumacero nació en Acaponeta, Nayarit., el 9 de julio de 1918 y que a los once años ensanchó su mundo yendo a vivir a Guadalajara, donde realizó sus primeros escauceos literarios:

“En la misma Guadalajara, Chumacero casi concluye sus estudios de preparatoria y en junio de 1937 se traslada a la ciudad de México con el vago propósito de inscribirse en la universidad. Se instala, junto con sus hermanos, en un cuarto de las calles de Costa Rica, cerca del barrio de Tepito, y vive de lo que su padre le envía desde la lejana Acaponeta. En ese barrio despojado de lujos y que se mantiene en el límite de la sobrevivencia y la dignidad, Chumacero convivirá con la sordidez que acompaña a la pobreza y que años más tarde le inspirará los poemas de *Palabras en reposo*. Paralelamente continuará su amistad con José Luis Martínez y Jorge González Durán, a quienes había conocido durante su estancia en Guadalajara; se les une luego Leopoldo Zea. Su afinidad por los mismos intereses culturales refuerza su amistad y así comparten lecturas y proyectos, euforias y depresiones. Descubren autores, intercambian libros y opiniones y leen mutuamente sus versos. Sólo Chumacero persistirá en la vocación lírica; inicia entonces su verdadero aprendizaje literario. La obra y la cercanía con Enrique González Martínez le resulta fundamental, lo mismo que la de algunos poetas que habían alcanzado renombre a través de la revista *Contemporáneos*. Esta publicación se convierte para ellos en modelo de sus aspiraciones como creadores y promotores de la literatura. Apenas han transcurrido poco más de diez años desde la aparición del grupo de escritores que en España se conoció como la generación del 27. La ruptura de la tradición ha dejado ya su huella en libros como *Poeta en Nueva York* y *Sobre los ángeles*. Laforgue y Supervielle, Elliot y Juan Ramón Jiménez: un conjunto de influencias que han sido asimiladas y transformadas por los jóvenes maestros que en ese momento son los jóvenes escritores conocidos como los Contemporáneos.

En 1939, gracias a la generosidad de Mario de la Cueva, entonces secretario general de la universidad, junto con sus mencionados compañeros...Alí emprende la tarea de fundar una revista, *Tierra nueva*, que aparecerá en 1940. Poco a poco se constituye con sus amigos en un relevo generacional”.